

ORÍGENES

**TRATADO
DE LA
ORACIÓN**

Serie
Los Santos Padres
Nº. 54

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44

I.S.B.N.: 84-7770-371-X
Despósito Legal: S. 679-1999

Imprenta "KADMOS"
Teléfs.: 923 21 98 13 - 923 18 42 24
SALAMANCA, 1999

ORÍGENES

La escuela de Alejandría llegó a su apogeo bajo el suceso de Clemente, Orígenes, doctor y sabio eminente de la Iglesia antigua, hombre de conducta intachable y de erudición enciclopédica, uno de los pensadores más originales de todos los tiempos. Gracias al interés particular que le dedicó el historiador Eusebio, poseemos más datos biográficos de su persona que de ningún otro teólogo anterior. Eusebio consagra a Orígenes una gran parte del libro sexto de su *Historia eclesicistica*. De no haberse perdido, las cartas de Orígenes, que pasaban del centenar, habrían sido la mejor fuente de información para conocer su personalidad. Afortunadamente, Eusebio, que las recogió, las utiliza ampliamente en el bosquejo biográfico de Orígenes. Estaríamos aún mejor informados si hubiera llegado íntegramente hasta nosotros la apología que compuso en defensa de Orígenes del presbítero Pánfilo de Cesarea. Comprendía cinco libros, a los que Eusebio añadió uno más. Se conserva solamente el libro I en una traducción latina de Rufino, que no ofrece muchas garantías. Por el contrario, tenemos el *Discurso de despedida* que compuso Gregorio el Taumaturgo al abandonar la escuela de Orígenes, documento importante tanto para la vida personal de Orígenes como para su método de enseñanza. Finalmente, Jerónimo menciona a Orígenes en su *De viris illustribus* (54, 62) y en una de sus cartas (*Epist.* 33); Focio lo hace también en su *Bibl. Cod.* 118.

Según estas fuentes, Orígenes no era un convertido del paganismo; era el hijo mayor de una familia cristiana numerosa.

Nació probablemente en Alejandría el año 185 o hacia ese año. Su padre, que se llamaba Leónidas, procuró darle una educación esmerada, instruyéndole en las Escrituras y en las ciencias profanas, murió mártir durante la persecución de Severo (año 202). Si su madre no hubiese escondido sus vestidos, el joven Orígenes, en su ardiente deseo del martirio, habría seguido la suerte de su padre. El Estado confiscó su patrimonio y él tuvo que dedicarse a la enseñanza para ganar su sustento y el de su familia. La famosa escuela de catecúmenos de Alejandría se había disuelto a raíz de la huida de Clemente. El obispo Demetrio confió entonces su dirección a Orígenes, que contaba a la sazón dieciocho años de edad; había de ocupar este puesto durante mucho tiempo. Atrajo a un gran número de discípulos por la calidad de su enseñanza, pero también, como lo hace notar Eusebio, por el ejemplo de su vida: «Tal como hablaba, vivía; y tal como vivía, hablaba. A esto se debió principalmente el que, con la ayuda del poder divino, moviera a innumerables discípulos a emular su ejemplo» (*Hist. eccl.* 6, 3, 7). Eusebio describe con viveza el ascetismo practicado por este *Adamantius*, «hombre de acero», como él le llama:

Perseveró durante muchos años en este género de vida el más filosófico, era ejercitándose en el ayuno, era cercenando algunas de las horas debidas al descanso, que tomaba, no echado en una cama, sino sobre el duro suelo. Ante todo pensaba que se debían observar fielmente aquellas palabras del Señor en el Evangelio con que nos recomienda no tener dos vestidos, ni llevar sandalias, ni pasar el tiempo preocupándonos por el futuro (*Hist. eccl.* 6,3,9-10).

Sabemos de la misma fuente que por este tiempo (202-3), mientras enseñaba en Alejandría, Orígenes se castró a sí mismo, interpretando en un sentido demasiado literal a Mateo 19,12 (*ibid.* 6,8,1-3).

Su carrera de profesor se puede dividir en dos partes. Durante la primera, que va del año 203 al 231 Orígenes dirigió la escuela de Alejandría y su prestigio fue siempre en aumento. Tuvo dis-

cíbulos que provenían incluso de los círculos heréticos y de las escuelas paganas de filosofía. Al principio daba cursos preparatorios de dialéctica, física, matemáticas, geometría y astronomía, así como de filosofía griega y teología especulativa. Como esta carga le resultara demasiado pesada, encargó a su discípulo Heraclas los cursos preparatorios, reservándose la formación de los estudiantes más adelantados en filosofía, teología y especialmente en Sagrada Escritura. Este horario tan cargado no le impidió asistir a las lecciones de Ammonio Saccas, el célebre fundador del neoplatonismo. La influencia de éste se echa de ver en la cosmología y filosofía de Orígenes, así como también en su método.

Orígenes interrumpió sus lecciones en Alejandría para hacer varios viajes. Hacia el año 212 fue a Roma, «porque deseaba ver la antiquísima Iglesia de los romanos» (Euseb., *o.c.* 614,10). Esto sucedía durante el pontificado de Ceferino, se encontró allí con el más renombrado teólogo de la época, el presbítero romano Hipólito. Poco antes del año 215 le hallamos en Arabia, adonde había ido a instruir al gobernador romano, a petición suya. En otra ocasión fue a Antioquía, invitado por la madre del emperador Alejandro Severo, Julia Mamea, que deseaba oírle. Cuando Caracalla saqueó la ciudad de Alejandría y mandó cerrar las escuelas y persiguió a los maestros, Orígenes decidió marchar a Palestina, hacia el año 216. Los obispos de Cesarea, Jerusalén y otras ciudades palestinas le rogaron que predicara sermones y explicara las Escrituras a sus respectivas comunidades; él lo hizo, a pesar de que no era sacerdote. Su obispo, Demetrio de Alejandría, protestó y censuró a la jerarquía palestina por permitir que un seglar predicara en presencia de obispos, cosa nunca oída, según él. Aunque los obispos de Palestina lo negaron, Orígenes obedeció la orden estricta de su superior de volver inmediatamente a Alejandría. Para evitar que se repitieran en lo futuro dificultades parecidas, el obispo Alejandro de Perusalén y Teoctisto de Cesarea ordenaron a Orígenes de sacerdote quince años más tarde, cuando pasó por Cesarea camino de Grecia, adonde se dirigía, por mandato de su obispo, a refutar a algunos herejes. Esto no

hizo sino empeorar la situación, porque Demetrio alegó esta vez que, según la legislación canónica, Orígenes no podía ser admitido al sacerdocio por haberse castrado. Quizás Eusebio esté en lo cierto cuando dice que «Demetrio se dejó vencer por la fragilidad humana al ver cómo Orígenes iba de éxito en éxito, siendo considerado por todos como hombre de prestigio y célebre por su fama» (Hist. eccl. 6,8,4). Sea de ello lo que fuere, el hecho es que Demetrio convocó un sínodo que excomulgó a Orígenes de la Iglesia de Alejandría. Otro sínodo, el año 231, le depuso del sacerdocio. Después de la muerte de Demetrio (232), volvió a Alejandría; pero su sucesor, Heraclas, antiguo colega de Orígenes, renovó la excomunión.

Orígenes partió para Cesarea de Palestina, y empezó así el segundo período de su vida. El obispo de Cesarea hizo caso omiso de la censura de su colega de Alejandría e invitó a Orígenes a fundar una nueva escuela de teología en Cesarea. Orígenes la dirigió por más de veinte años. Fue allí donde Gregorio el Taurmurgó pronunció su Discurso de despedida, al abandonar el círculo de Orígenes. Según este valioso documento, seguía en Cesarea prácticamente el mismo sistema de enseñanza que en Alejandría. Después de una exhortación a la filosofía, a guisa de introducción, venía el curso preliminar que adiestraba a los estudiantes para la educación científica mediante un ejercicio mental constante. El curso científico comprendía la lógica y la dialéctica, las ciencias naturales, la geometría y la astronomía, y al fin, la ética y la teología. El curso de ética no se reducía a una discusión racional de los problemas morales, sino que daba toda una filosofía de la vida. Gregorio nos dice que Orígenes hacía leer a sus discípulos todas las obras de los antiguos filósofos, a excepción de los que negaban la existencia de Dios y la providencia divina.

Hacia el año 244 volvió a Arabia, donde logró curar de su monarquianismo al obispo Berilo de Bostra (Euseb., *Hist. eccl.* 3,33). Durante la persecución de Decio debió de sufrir graves tormentos, porque Eusebio dice:

Las numerosas cartas que dejó escritas este hombre describen con verdad y exactitud los sufrimientos que padeció por la palabra de Cristo: cadenas y torturas, tormentos en el cuerpo, tormentos por el hierro, tormentos en las lobregueces del calabozo; cómo tuvo, durante cuatro días, sus pies metidos en el cepo hasta el cuarto agujero; cómo soportó con firmeza de corazón las amenazas de fuego y todo lo demás que le infligieron sus enemigos; cómo acabó todo aquello, no queriendo el juez de ninguna manera sentenciarle a muerte; y qué sentencias dejó, llenas de utilidad, para los que necesitan consuelo (*o.c.* 6,39,5).

Murió en Tiro el año 253, a la edad de sesenta y nueve años, quebrantada su salud a causa de estos sufrimientos.

Después de su muerte, al igual que en vida. Orígenes siguió siendo un signo de contradicción. Difícilmente podría hallarse otro hombre que haya tenido tantos amigos o tantos enemigos. Es verdad que incurrió en algunos errores, como veremos, pero no se puede poner en duda que siempre quiso ser un cristiano creyente y ortodoxo. Al comienzo de su principal obra teológica dice él mismo: «No se ha de aceptar como verdad más que aquello que en nada difiera de la tradición eclesiástica y apostólica» (*De princ. praef.* 2). Él se esforzó en seguir esta norma y al final de su vida la selló con su sangre.

Sobre la Oración (De oratione)

El tratado *De oratione* es una verdadera joya entre las obras de Orígenes. Lo compuso hacia el 233-234, a instancias de su amigo Ambrosio y de Taciana, su esposa o hermana. El texto se ha conservado en un códice de Cambridge, del siglo XIV (*Codex Cantabrig. Colleg. S. Trinitatis B. 8. 10 saec. XIV*). Un códice de París, del silo XV, contiene también un fragmento.

El tratado comprende dos partes. La primera (c. 3-17) trata de la oración en general, y la segunda (c. 18-30) del «Padre nuestro» en particular. En un apéndice (c. 31-33), que viene a completar la primera parte, se habla de la actitud del cuerpo y del

alma, de los gestos, del lugar y de la orientación de la oración, y, finalmente, de sus diferentes clases. Al final, Orígenes ruega a Ambrosio y a Taiana que se contenten, por el momento, con este escrito hasta que les pueda ofrecer algo mejor, más hermoso y más preciso. No parece que Orígenes haya tenido nunca la posibilidad de cumplir esta promesa.

Este tratado revela, mejor que ningún otro, la profundidad y el fervor de la vida religiosa de Orígenes. Algunos de los conceptos fundamentales que recalca en esta obra son de gran valor para analizar su sistema teológico.

Es el estudio científico más antiguo que poseemos sobre la oración cristiana.

La introducción se abre con la afirmación de que lo que es imposible a la naturaleza humana es posible con la gracia de Dios y con la asistencia de Cristo y del Espíritu Santo. Este es el caso de la oración. Después de discutir el nombre y el significado de la palabra bíblica *euche* (εὐχή) y *proseuche* (προσευχή) (c.3-4), el autor responde a una pregunta de Ambrosio sobre el uso y la necesidad de la petición. Los que se oponen a ella dicen que Dios conoce nuestras necesidades sin que le pidamos nada. Además es absurdo pedir nada a Dios, puesto que todo lo tiene predestinado. A esta responde Orígenes señalando el libre albedrío que Dios ha dado a todos los hombres y lo ha coordinado con su plan eterno. Hay pasajes en la Escritura que prueban que el alma se eleva y recibí una visión de la belleza y majestad divinas. El comercio constante produce como efecto la santificación de toda la existencia del hombre. Por consiguiente, la utilidad y la conveniencia de la oración consisten en que nos permite unirnos (ἀνακραθῆναι) al espíritu del Señor, que llena el cielo y la tierra. No pretende influir en Dios, sino hacernos participar de su vida y ponernos en comunicación con el cielo. El mejor ejemplo nos lo da Cristo, nuestro Sumo Sacerdote. Él ofrece nuestro homenaje juntamente con el de los ángeles y el de los fieles difuntos, especialmente el de los ángeles custodios, que presentan nuestras invocaciones a Dios. La oración fortifica el alma

contra las tentaciones y aleja los malos espíritus. Por esto deberíamos dedicar a la oración determinadas horas del día. Más aún, nuestra vida entera debería ser una oración. A los que desean una vida espiritual en Cristo, el autor aconseja no pedir en su conversación con Dios cosas fútiles y terrenas, sino bienes elevados y celestiales. Comentando 1 Tim. 2,1, aduce ejemplos de la Escritura para las cuatro clases de la oración: petición (δέησις), adoración (προσευχή), súplica (ἔντευξις) y acción de gracias (εὐχαριστία). Hablando de la adoración, observa que debería dirigirse únicamente a Dios Padre, jamás a un ser creado, ni siquiera a Cristo. El mismo Cristo nos enseñó a adorar al Padre. Deberíamos orar en el nombre de Jesús. Deberíamos adorar al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo; pero únicamente el Padre tiene derecho a nuestra adoración. Para justificar esta opinión singular, Orígenes dice que, si se quiere orar correctamente, no se debe rogar a quien ora él mismo. El que rehusó ser llamado «bueno» porque sólo Dios tiene derecho a llamarse así, ciertamente habría rehusado que se le adorara. Y si Cristo llama a los cristianos hermanos suyos, con esto da a entender claramente que desea que ellos adoren al Padre, no a Él, que es su hermano: «roguemos, pues, a Dios por mediación de Él, diciendo todas las mismas cosas sin divisiones en el modo de rezar. ¿No es verdad que estamos divididos, si es que unos ruegan al Padre, otros al Hijo? La gente sencilla, que ilógica e inconsideradamente ruega al Hijo, bien sea con el Padre o sin el Padre, comete un pecado de ignorancia» (16, 1). En esta teoría, Orígenes no ha tenido seguidores. Probablemente le fue sugerida por un concepto subordinacionista del Logos y por un monoteísmo exagerado.

La segunda parte consiste en un comentario al «Padre nuestro», el más antiguo que conocemos. Después de una introducción, en la que examina las diferencias entre el texto de Mateo y el de Lucas, y la recta manera de hablar con Dios, nos ofrece una magnífica interpretación de la invocación inicial «Padre nuestro, que estás en los cielos». Orígenes hace notar que el Antiguo Testamento no conoce el nombre de «Padre» refiriéndose a Dios, en

el sentido cristiano de una adopción firme e indefectible. Solamente los que han recibido el espíritu de adopción y prueban con sus obras que son hijos e imágenes de Dios, pueden recitar esta plegaria auténticamente. Nuestra vida entera debería decir: Padre nuestro, que estás en los cielos», porque nuestra conducta debería ser celestial y no nundana.

El consejo que da en la primera parte del tratado, de no pedir cosas temporales, sino bienes sobrenaturales, explica su manera de interpretar la cuarta petición: «Puesto que algunos piensan que aquí se nos manda pedir el pan de nuestro cuerpo, conviene refutar su error y proponer la verdad sobre el pan de cada día. Habría que responderles con esta pregunta: ¿Cómo es posible que el que nos manda pedir cosas celestiales y grandes, olvidándose, según vosotros, de sus propias enseñanzas, mande pedir al Padre cosas terrenas y mezquinas?» (27, 1). Hace derivar la palabra ἐπιούσιος (Mt. 6,11 ; Lc. 11,3) de οὐσία, substancia, y considera ἄρτος ἐπιούσιος como un alimento celeste que nutre la substancia del alma, haciéndola fuerte y vigorosa. Este alimento es el Logos, que se llama a sí mismo «el pan de vida».

Hablando de las actitudes durante la oración, Orígenes dice que todo acto de adoración debe dirigirse hacia el este, para indicar de esta manera que el alma está orientada hacia la aurora de la verdadera luz, el sol de justicia y de salvación,

A lo largo de todo el tratado, Orígenes insiste en las disposiciones previas del alma. Los efectos de la oración dependen de la preparación interior. En primer lugar, no puede haber auténtica adoración si no se declara la guerra al pecado a fin de purificar el corazón. En segundo lugar, esta lucha contra todo lo que mancha el alma está íntimamente ligada a un esfuerzo constante por librar el espíritu de los afectos desordenados, a una lucha contra todas las pasiones (πάθη). Comentando Mateo 5, 22, Orígenes declara que no podrán conversar con Dios más que aquellos que se hayan reconciliado enteramente con sus hermanos. En tercer lugar debemos rechazar todas las impresiones y pensamientos que vengan a perturbarnos, tanto si provienen del mundo que nos

rodea como si tienen origen en nosotros mismos. Sólo después de un desprendimiento así es posible acercarse al Omnipotente. Cuanto mejor preparada esté el alma, tanto más rápidamente escuchará Dios sus peticiones y tanto más aprovechará el alma en su coloquio con Él. Sin embargo, aún después de todos estos preparativos, la oración sigue siendo un don del Espíritu Santo, que ora dentro de nosotros y nos guía en la oración.

Las ideas de este tratado han ejercido una influencia duradera en la historia de la espiritualidad. Los escritos de Orígenes fueron leídos por los primeros monjes de Egipto, y su influencia se advierte en las reglas monásticas más antiguas especialmente en su manera de tratar de la oración y de la compunción.

INTRODUCCIÓN

1. De lo imposible a lo real

Hay cosas que por ser tan elevadas no están al alcance del hombre; nuestra naturaleza racional y percedera no las puede comprender. Pero las conseguimos gracias a la infinita bondad de Dios que nos las prodiga por los méritos de Jesucristo y la cooperación del Espíritu. Realmente es imposible a la naturaleza humana poseer la sabiduría de aquel por quien todo fue hecho, como dice David: «Has hecho con sabiduría todas tus obras» (Sal 104, 24). Lo imposible se hace posible por mediación de Jesucristo, nuestro Señor, «al cual hizo Dios para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención» (1 Cor 1, 30). «¿Qué hombre, en efecto, podrá conocer la voluntad de Dios? ¿quién podrá hacerse idea de lo que el Señor quiere? Los pensamientos de los mortales son tímidos e inseguras las ideas que nos formamos, pues el cuerpo corruptible hace pesada el alma y esta tienda de tierra aprisiona al espíritu fecundo en pensamientos. Trabajosamente conjeturamos lo que hay sobre la tierra y con fatiga hallamos lo que está a nuestro alcance. ¿Quién ha podido rastrear cuanto contienen los cielos?» (Sab 9, 13-16). ¿Quién negará que el hombre es incapaz de descubrir lo que hay en el cielo? Sin embargo, tal imposibilidad se hace posible por la «sobreabundante gracia de Dios» (2 Cor 9, 14). Probablemente aquel que fue

arrebatado al tercer cielo observó lo que hay en los tres cielos, pues «oyó palabras inefables que el hombre no puede pronunciar» (2 Cor 12, 4).

¿Quién se ateverá a decir que el hombre conoce los designios del Señor? Pues aún esto mismo Dios lo concede por medio de Cristo. Él dice: «No os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos porque todo lo que oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15, 15). Les da a conocer cuando son siervos la voluntad de aquel que no actúa más como señor sino como amigo de los que antes era señor. «En efecto, ¿qué hombre conoce lo íntimo del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo nadie conoce lo íntimo de Dios sino el Espíritu de Dios» (1 Cor 2, 11). Si nadie más que el Espíritu de Dios conoce los pensamientos de Dios, es imposible que el hombre conozca los pensamientos de Dios. Pero mira cómo ahora viene a ser posible. «Nosotros, dice, no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales también hablamos, no con palabras aprendidas de sabiduría humana sino del mismo Espíritu» (1 Cor 2, 12-13).

2. Objeto y modo de la oración. Con la gracia de Dios

1. Ahora, piadosísimo y muy trabajador Ambrosio, tú con la honradísima y varonil Taciana, liberada ya como Sara (Gén 18, 11) de las femineidades, quizás os extrañéis de que cuando me propuse el tema de la oración comencé hablando de las cosas que son imposibles para el hombre pero que la gracia de Dios hace posibles. Efectivamente, convencido de mis limitaciones, una de esas cosas imposibles es presentar en forma precisa y digna un tratado sobre la oración: qué y cómo se ha de orar, qué decir a Dios en la oración, cuál sea el mejor tiempo para ella... Sabemos que Pablo hablaba con modestia de la grandeza de las revelaciones que él experimentó; temía, dice, que «alguien se forme de mi

una idea superior a lo que en mí ve u oye de mí» (2 Cor 12, 6). Confiesa que no sabe orar «como se debe». Dice: «Pues nosotros no sabemos orar como conviene» (Rom 8, 26). Es preciso, pues, no sólo orar sino orar como es debido y pedir lo que conviene. Sería deficiente nuestro esfuerzo por entender lo que debemos pedir si nuestra oración no se hace como es debido. Asimismo, ¿de qué nos sirve orar «como es debido» si no sabemos qué pedir?

2. Forma lo primero, es decir, el qué debemos pedir, el contenido de la oración; el cómo se refiere a la disposición del que ora. Las frases siguientes se refieren al contenido de la oración: «Pedid cosas grandes y las pequeñas se os darán por añadidura; pedid por los que os maltratan» (Lc 6, 28). «Rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su campo» (Mt 9, 38; Lc 10j 2). «Orad para no caer en la tentación» (Lc 22, 40;-Mt 26, 41; Mc 14, 38). «Orad para que vuestra huida no sea en invierno ni en el día de sábado» (Mt 24, 20; Mc 13, 8). «Y al orar no charléis mucho, como los gentiles que se figuran que por su palabrería van a ser escuchados» (Mt 6, 7). Podrían aducirse más frases semejantes.

Lo siguiente se refiere al *cómo*, o *modo de orar*: «Quiero que los hombres oren en todo lugar elevando hacia el cielo manos piadosas, sin ira ni discusiones. Lo mismo las mujeres: que vistan decorosamente, preparadas con pudor y maestría, no con trenzas ni con oro o perlas o vestidos costosos sino con buenas obras, cual conviene a mujeres que hacen profesión de piedad» (1 Tim 2, 8-10). El siguiente pasaje también nos enseña cómo orar: «Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas de que un hermano tuyo tiene algo que reprocharte, deja tu ofrenda allí delante del altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano. Luego vuelves y presentas la ofrenda» (Mt 5, 23-24) ¿Podrá el hombre presentar a Dios una ofrenda mejor que la plegaria del suave olor, que brota de la conciencia, limpia ya del sucio olor de pecado? Otro ejemplo de cómo orar es éste: «No os neguéis el uno al otro sino de mutuo acuerdo por cierto tiempo, para daros

a la oración; luego volved a estar juntos, para que Satanás no os tiente por vuestra incontinencia» (1 Cor 7, S). Esto significa que «como es debido» no se logra sino cuando el misterio matrimonial, que ha de ser considerado con todo respeto, se realiza santamente, con reflexión y temperancia. La armonía del texto evita las desavenencias pasionales, acaba con la incontinencia y priva a Satanás de gozarse en nuestro mal.

Como los anteriores pasajes, también el siguiente nos enseña el modo de orar: «Cuando os pongáis de pie para orar, perdonad, si tenéis algo contra alguno» (Mc 11, 25). En Pablo hallamos: «Todo hombre que ora o profetiza con la cabeza cubierta afrenta a su cabeza, y todo mujer que ora profetiza con la cabeza descubierta afrenta a su cabeza (1 Cor 11, 4-5). De este modo queda dicho «cómo orar».

3. Pablo conocía todos los dichos y muchos más de la ley y de los profetas, y de la plenitud del evangelio; podría explicarlos hábilmente entretejiendo su interpretación. Habla con estilo cuidadosamente elaborado y veraz, pues reconoce, a pesar de su buen entender, lo poco que sabe sobre el objeto de la oración y cómo se ha de orar. Añade: «No sabemos qué pedir ni como hemos de orar», pero indica que esa ignorancia le será perfeccionada a la persona merecedora de tal complemento. Por eso dice: «El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene, mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inenarrables, y el que escruta las razones conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión en favor de los santos es según Dios» (Rom 8, 26-27). En el corazón, de los escogidos, el Espíritu clama: «Abba, Padre» (Gal 4, 6). Conoce muy bien nuestros gemidos en la tienda del cuerpo, suspiros de abatimiento por haber caído en pecado. «Intercede ante Dios con gemidos inenarrables» pues, por el amor misericordioso que tiene a la humanidad, hace suyos nuestros gemidos. Con su sabiduría ve «nuestra alma hundida en el polvo» (Sal 44, 26) y prisionera en este «miserable cuerpo» (Flp 3, 21). «Intercede de modo especial ante Dios» no con súplicas corrientes sino

con «gemidos inefables, que el hombre no puede pronunciar» (2 Cor 12, 4). Y no se contenta el Espíritu con interceder ante Dios sino que intensifica su petición «con especial ahínco». Creo que esto lo hace por aquellos que superan con generosidad las dificultades, como dice san Pablo: «Pero en todo salimos vencedores gracias a aquel que nos amó» (Rom 8, 37). También por los gloriosos vencedores, no sólo por los que a veces son vencidos.

4. «Oraré con el espíritu, pero oraré también con la mente; cantaré salmos con el espíritu pero también los cantaré con la mente» (1 Cor 14, 15). Frase que va de par con ésta: «Pues nosotros no sabemos pedir como conviene, mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inenarrables» (Rom 8, 26). Porque nuestra mente no sería capaz de orar si no fuese secundando al Espíritu ni podríamos cantar salmos al Padre en Cristo con perfecto ritmo, melodía, medida y armonía, si «el Espíritu que todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios» (1 Cor 2, 10) no alabase antes y cantase a aquél cuyas profundidades el mismo Espíritu ha penetrado y entendido en cuanto es posible. Me parece que uno de los discípulos de Jesús era consciente de que la debilidad humana está lejos de conocer cómo se ha de orar. Cuando se dio cuenta de ello, oyendo las sabias y poderosas palabras con que el salvador se dirigía al Padre en la oración, concluida ésta, el discípulo se acercó al Señor y le dijo: «Señor, enséñanos a orar como Juan enseñó a sus discípulos». El contexto dice así: «Estando él orando en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: «Maestro, enséñanos a orar como enseñó Juan a sus discípulos» (Lc 11, 1).

Podemos concluir que un hombre educado en la ley, y que había oído las palabras de los profetas asistiendo fielmente a la sinagoga no tenía idea de cómo orar hasta que vio al Señor «orando en cierto lugar». Tal afirmación sería necedad. Él oraba según la costumbre de los judíos, pero vio que necesitaba saber mejor cómo orar. ¿Qué había enseñado Juan a sus discípulos sobre la oración cuando acudían a él de Jerusalén, de Judea y de las regiones cercanas para ser bautizados (Mt 3, 5-6)? Él, por ser más que

un profeta (Mt 11, 9) entendió mejor ciertos temas de oración. Parecé ser que lo había enseñado a sus discípulos, aunque no a todos los que bautizaba sino a los que le seguían como discípulos.

5. Como esas oraciones eran verdaderamente espirituales, porque el Espíritu oraba en el corazón de los santos, fueron escritas llenas de secretas y maravillosas enseñanzas. Hallamos en el primer libro de Samuel parte de la oración de Ana, porque «cuando ella prolongaba su oración ante el Señor» hablaba «en su corazón» (1 Sam 1, 11-13). No toda su oración fue puesta por escrito. El salmo 7 lleva por título Oración de David y el 90 Oración de Moisés; el 102 «Oración del afligido que en la angustia derrama su llanto ante el Señor». Estas oraciones por ser plegarias verdaderamente inspiradas y pronunciadas por el Espíritu están también impregnadas de enseñanzas de la sabiduría de Dios, de manera que podríamos decir de su contenido: «Comprenda estas cosas el sabio, el inteligente las entienda» (Os 14, 10).

6. Hacer un tratado de oración es tarea tan noble que requiere luces del Padre, que nos lo enseñe su Hijo primogénito y que el Espíritu nos capacite para entender y hablar con rectitud sobre tema tan elevado. Por eso yo, mero hombre, que no me precio de particulares luces sobre la oración, pienso que es justo invocar al Espíritu antes de comenzar este tratado sobre la oración a fin de que me sea dado pleno entendimiento y comprenda con claridad las oraciones contenidas en los Evangelios. Así, pues, comencemos el tratado sobre la oración.

PRIMERA PARTE

LA ORACIÓN EN GENERAL

3. Oración: voto y plegaria

1. En cuanto he podido observar, se menciona por primera vez en la Biblia la palabra oración cuando Jacob, huyendo de la ira de su hermano Esaú, marchó a Mesopotamia conforme le habían dicho Isaac y Rebeca. Así leemos: «Jacob hizo un voto diciendo: si Dios me asiste y me guarda en este camino que recorro, y me da pan que comer y ropa con que vestirme, y vuelvo sano y salvo a casa de mis padres, entonces el Señor será mi Dios y esta piedra que he erigido como estela será casa de Dios. De todo lo que me dieres te pagaré el diezmo» (Gén 28, 20-22).

2. Téngase en cuenta que en este pasaje la palabra oración se emplea con sentido de *promesa* que cumplirá lo mencionado en la plegaria si consigue lo que ha pedido a Dios. Esto indica que la palabra oración frecuentemente significa algo distinto del sentido ordinario de la misma palabra. No obstante, el término oración se emplea en contextos conformes al uso corriente. Por ejemplo, en el Éxodo lo hallamos con sentido de plegaria después de la plaga de las ranas, segunda de las diez plagas. Entonces Faraón mandó a Moisés y a Aarón que rogasen por él al Señor para que se alejasen de él y de su pueblo las ranas que lo cubran todo. Literalmente dice así: «Faraón llamó a Moisés y a Aarón y

les dijo: Pedid al Señor que aparte las ranas de mí y de mi pueblo, y yo dejaré salir al pueblo para que ofrezca sacrificios al Señor» (Ex 8, 4).

Si a alguno le cuesta creer que, por haberlo dicho Faraón, la palabra *oración* se usa en sentido primero y corriente de plegaria, fíjese en el texto siguiente «Respondió Moisés a Faraón. ‘Dígnate indicarme cuándo he de rogar por ti, por tus siervos y por tu pueblo para que se alejen las ranas de ti y de tus casas quedándose únicamente en el río» (Ex 8, 5).

3. He notado que en la tercera plaga, la de los mosquitos, ni Faraón pide oraciones, ni Moisés ora. En la cuarta plaga, la de las moscas, dice Faraón: «Ruega al Señor por mí» (Ex 8, 24). Moisés respondió: «En cuanto salga rogaré al Señor y mañana los tábanos se alejarán de Faraón, de sus siervos y de su pueblo» (Ex 8, 25). A continuación se lee: «Salió Moisés de la presencia de Faraón y rogó al Señor» (Ex 8, 26).

En la quinta y sexta plaga ni Faraón pidió oraciones ni oró Moisés, pero otra vez en la séptima plaga «Faraón hizo llamar a Moisés y a Aarón y les dijo: ‘Ahora sí, confieso mi pecado. El Señor es justo y yo y mi pueblo somos los inicuos. Rogad al Señor que cesen ya los truenos y el granizo’» (Ex 9, 27-28). Un poquito más adelante: «Salió Moisés de la ciudad, extendió sus manos hacia el Señor, cesaron los truenos» (Ex 9, 33). Dejemos para otro lugar la explicación de por qué no se dice que Moisés «oró» sino que «extendió sus manos hacia el Señor».

En la octava plaga dice Faraón: «Rogad al Señor, vuestro Dios, que aparte de mí al menos esta mortandad. Salió Moisés de la presencia de Faraón y rogó al Señor» (Ex 10, 17-18).

4. Dijimos que el término *oración* se emplea con frecuencia en sentido distinto del uso corriente, como en el caso de Jacob. Con el mismo sentido se usa en el Levítico: «El Señor dijo a Moisés: ‘Habla a los hijos de Israel y diles: si alguien quiere cumplir ante el Señor un voto relativo al valor en que ha apreciado a una persona, si se trata de un varón de veinte a sesenta años, el valor se estimará en 50 ciclos de plata o ciclos de santuario»

(Lev 27, 1-3). Y en los Números: «El Señor dijo a Moisés: ‘Diles esto a los hijos de Israel: si un hombre o mujer se decide a hacer voto de nazir se abstendrá de vino y de bebidas embriagantes’» (Núm 6, 1-3). Siguen luego prescripciones referentes al nazireato y dice más adelante: «Aquel día consagrará su cabeza para los días de oración» (Núm 6, 11-12, versión LXX). Y a continuación: «Este es el rito del nazir para cuando se cumplan los días de su nazireato» (Núm 6, 13). Unos versículos después: «Este es el rito del nazir que ha prometido su ofrenda al Señor por razón de su naziareato» (Núm 6, 21). Hacia el final de los Números encontramos: «Habló Moisés a los jefes de la tribu de los hijos de Israel y les dijo: ‘Esto es lo que ha ordenado el Señor: si un hombre hace un voto al Señor o se compromete a algo con juramento, no violará su palabra, cumplirá todo lo que haya salido de su boca’. Y si una mujer hace voto al Señor o adquiere un compromiso en su juventud, cuando está en casa de su padre, si su padre se entera del voto o del compromiso que ha contraído y su padre no le dice nada, serán firmes todos sus votos, y todos los compromisos contraídos serán firmes» (Num 30, 1-4). Siguen luego algunas leyes referentes a estas mujeres con votos.

Con el mismo significado está escrito en los Proverbios: «Tenía que ofrecer un sacrificio de comunión y hoy he cumplido mi voto» (Prov 7, 14). Más adelante: «Lazo es para el hombre pronunciar un voto a la ligera y reflexionar después de haberlo hecho» (Prov 20, 25). Y en el Eclesiastés (5, 4): «Es mejor no hacer votos que hacerlos y no cumplirlos». En Hechos (21, 23): «Hay entre nosotros cuatro hombres que tienen un voto que cumplir».

4. Terminología: conclusión

1. Me parece razonable haberme entretenido al principio en distinguir los distintos sentidos de la palabra *oración-voto* en las Escrituras. Ocurre lo mismo con la palabra *oración-plegaria*.

Este término empleado con frecuencia en el sentido más corriente de oración es también sinónimo de voto, como se aplica a Ana en el primer libro de Samuel: «El sacerdote Elí estaba sentado en su silla, contra la jamba de la puerta del santuario del Señor. Estaba Ana llena de amargura y oraba al Señor llorando sin consuelo. Hizo este voto: ¡Oh Señor, Sebaoth! Si te dignas mirar la aflicción de tu sierva y darle un hijo varón, yo lo entregaré al Señor por todos los días de su vida y la navaja no tocará su cabeza» (I Sam 1, 9-11).

2. Comparando «oró al Señor» con «hizo un voto», puede decirse que Ana hizo dos cosas: orar al Señor y ofrecer un voto. Lo primero (orar) equivaldría a *plegaria* mientras que lo segundo (ofrecer un voto) tiene el mismo sentido de los textos ya citados del Levítico y Números. La frase «le entregaré al Señor por todos los días de su vida y la navaja no tocará su cabeza» no es propiamente hablando una plegaria; es una especie de oración como el siguiente voto de Jefté: «Y Jefté hizo un voto al Señor: si entregas en mis manos a los amonitas, el primero que salga de las puertas de mi casa a mi encuentro cuando vuelva victorioso de los amonitas será para el Señor y lo ofreceré en holocausto» (Jue 11, 30-31).

5. Objeciones contra la oración

1. Si además de lo dicho, he de continuar, como tú deseas, para examinar las razones de quienes sostienen que nada se consigue en la oración, y, por tanto, que orar es superfluo, no vacilaré en hacerlo en cuanto mis fuerzas lo permitan, sirviéndome en adelante del término más sencillo y común de oración. Hay quien ni siquiera en este sentido admiten la oración, se ríen con desprecio de los que oran, sea como sea la oración, y quieren acabar de una vez con la palabra sea cual sea su sentido.

Eso es una opinión muy desacreditada y no hay persona distinguida que la defienda. Apenas se hallará alguno que admitien-

do la providencia de Dios sobre el universo no acepte la idea de oración. Lo niegan los que son totalmente ateos y, por tanto, niegan la existencia de Dios, o quienes admiten la idea de Dios pero niegan su providencia. Sin embargo, el poder adverso (2 Tes 2, 4.9), que quiere atribuir las doctrinas más impías al nombre de Cristo y a las enseñanzas del Hijo de Dios, ha logrado convencer a algunos de que no se debe orar. Son de tal parecer los que niegan rotundamente el mundo sensible y la práctica de los sacramentos, bautismo y eucaristía. Emplean tales sofismas que dan sentido diverso del que tienen a las verdades que se hallan en las Escrituras sobre la oración

2. Estas son las razones que aducen para negar la oración los que admiten que Dios gobierna el mundo y que hay providencia. No intento ahora examinar lo que dicen quienes rechazan por completo a Dios y la providencia.

Dios conoce todas las cosas antes que existan. Nada de cuanto existe le es conocido en el momento de venir a la existencia, pues antes de eso ya le era conocido. Por tanto, ¿qué necesidad hay de dirigir una oración a aquel que sabe lo que necesitamos antes de pedirselo? El Padre celestial sabe lo que necesitamos antes de que se lo pidamos (Mt 6, 8). Lógicamente el Padre, por ser creador de todas las cosas, «ama todos los seres y nada de lo que hizo aborrece» (Sab 11, 24). Debe, pues, gobernar cada cosa sin que haya necesidad de orar. Lo hace como un padre que protege a sus hijos sin esperar a que ellos se lo pidan, porque son incapaces de pedirselo o porque, debido a su ignorancia, frecuentemente desean recibir cosas inútiles o perjudiciales. Pues lo que sucede entre padres e hijos sucede con mayor proporción entre Dios y nosotros.

3. Lo más probable es que Dios no solamente conozca de antemano lo que va a suceder sino también que lo tenga ya ordenado de manera que nada pueda acaecer contra lo dispuesto por él. Así, por ejemplo, sería tenido por tonto uno que rezase para que salga el sol y atribuya a su oración lo que nada tiene que ver con ella. De igual modo ha de tenerse por tonto a quien piense

que las cosas suceden o no según que ore o deje de orar. Otro ejemplo: supongamos una persona que bajo los rigores del sol en verano sufre quemaduras y se imagina que orando va a cambiar la temperatura del sol como si estuviese en primavera. Tal persona rayaría en la locura. De igual modo estaría loco el que pensara que las circunstancias necesariamente impuestas al ser humano iban a cambiar por influjo de su oración.

4. «Torcidos están desde el seno los impíos» (Sal 58, 4), y el justo «escogido desde el seno de su madre» (Gál 1, 15). Está dicho: «El mayor servirá al menor aun antes de haber nacido, cuando no habían hecho ni bien ni mal, para que se mantuviese la libertad de la elección divina, que depende no de las obras sino del que llama» (Rom 9, 11-12; Gén 25, 23). De aquí se deduce que es inútil pedir perdón por los pecados o que venga el espíritu de fortaleza para afirmarnos en Cristo todo lo que podamos (Flp 4, 13).

Si somos pecadores, hemos sido ya desviados desde el seno materno. Pero si hemos sido elegidos ya en el seno materno nos sucederán las mejores cosas aunque no oremos. ¿Qué había reza-do Jacob antes de nacer para que fuese profetizado su dominio sobre Esaú y que éste le sirviese? ¿qué impiedad cometió Esafi antes de nacer para que le odiasen? ¿para qué reza Moisés, como se dice en el Salmo 90, si Dios es su «refugio antes que los montes fuesen engendrados, antes que naciese tierra y orbe» (Sal 90, 1-2)?

5. En la Carta a los efesios acerca de los que se salvan está escrito que el Padre los «eligió en él», en Cristo, «eligiéndonos de antemano, antes de la creación del mundo, para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, para ser santos e inmaculados en su presencia» (Ef 1, 4-5). Así, pues, al que ha sido escogido «antes de la creación del mundo» le es imposible separarse de tal elección. Por consiguiente, no tiene necesidad de orar. Si, por el contrario, no ha sido escogido o predestinado, es inútil que ore. No será escuchado aunque rece mil veces. «Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen

de su Hijo, para que fuera el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a esos también los llamó; y a los que llamó, a esos también los justificó; a los que justificó a esos también los glorificó» (Rom 8, 29-30). ¿Para qué se esforzaba Josías, o para qué oraba y se angustiaba pensando si era o no escuchado, si estaba profetizado expresamente muchos años antes y lo que iba a hacer estaba no sólo determinado sino también anunciado de antemano a las multitudes? (2 Re 22; 1 Re 13, 1-3). ¿Para qué reza Judas si su oración iba a «ser tenida por pecado» (Sal 109, 7), pues había sido profetizado muchos años antes, desde los tiempos de David, que iba a perder su oficio y otro iba a ocupar su lugar»? (Hech 1, 16-20; Sal 109, 7). Puesto que Dios no cambia y de antemano dispone todas las cosas, no tiene razón de ser la plegaria, pues supone que le haría cambiar su plan como si él no hubiese fijado sus decretos de antemano. Como si estuviese esperando la oración de cada persona para ordenar las cosas conforme a la conveniencia de cada cual y sólo entonces lo reconoce como bueno, sin haberlo visto de antemano.

6. Traigamos aquí las razones aducidas en la precedente exposición con los términos de la carta que me has escrito: «Primero, si Dios conoce de antemano lo que va a suceder, y así va a ocurrir necesariamente, orar es inútil. Segundo, si todo sucede conforme a la voluntad de Dios y él lo ha determinado de manera que de lo establecido nada pueda cambiar orar es inútil». Creo será provechoso un previo razonamiento para resolver las dificultades puestas por gentes que no entienden de oración.

6. El libre albedrío

1. Algunas de las cosas que se mueven reciben de fuera su movimiento. Por ejemplo, las cosas inanimadas que forman un conjunto. También se mueven así algunos seres animados cuando no es el principio de vida lo que los mueve sino un agente que impulsa el conjunto en que están integrados. Las piedras y leña

cortada, cuando han sido arrancadas de la cantera o han perdido la capacidad de crecer, integradas en un conjunto reciben el movimiento de fuera de sí mismas. Claro está que los cuerpos de seres vivos, como las plantas, cuando otro los mueve no son movidos por el propio principio vital sino como las piedras o los trozos de leña sin vida. Aún cuando se muevan, ya que todo cuerpo es inestable e incorruptible, tienen su movimiento como consecuencia de la propia corruptibilidad.

Una segunda clase de seres que se mueven son las cosas cuyo movimiento les viene de la propia naturaleza, principio constitutivo de sí mismas. Les viene el movimiento de sí mismas, según dicen los que hablan con mayor precisión. En los seres vivos hay una tercera clase de movimiento que se dice por *sí mismo*. Creo que el movimiento de los seres racionales es por sí mismo, por propia iniciativa. Si no hay movimiento proveniente *de sí mismo* o *por sí mismo* no podrá decirse que se trata de un ser vivo; sería como una planta movida sólo por la naturaleza o como una piedra arrojada a impulsos de algo fuera de ella. Pero si algo sigue la moción de su propia iniciativa, que decimos «por sí mismo», ha de ser necesariamente racional.

2. Por eso, quienes se empeñan en decir que no somos libres han de admitir que dicen una locura. Primero negando que somos seres vivos y segundo, que somos racionales. Lógicamente, si no nos moviésemos por nosotros mismos sino por algo que nos mueve desde fuera concluiríamos que se debe a una causa externa lo que hacemos nosotros mismos.

Al contrario. Reflexione cada cual sobre la propia experiencia y verá si no hay que decir en plena sinceridad que él es el que quiere, el que come, el que anda, el que da y acepta ciertas opiniones o rechaza otras como falsas. Si se niega el hecho de nuestra libertad, nadie puede admitir ciertas opiniones, aunque las presente con mil ingeniosas razones y persuasivos argumentos. De modo semejante nadie podría hacerse idea de la vida humana. ¿Quién está persuadido de que nada hay cierto? ¿Quién de manera que dude de todas las cosas? ¿Quién no corrige a su criado

cuando advierte que ha hecho algo mal? ¿Quién no reprende al hijo que falta al respeto de sus padres? ¿Quién no vitupera a la adúltera por su acción deshonrosa? La verdad se impone por sí misma. Por miles de razones ingeniosas que se den en contra, nos obliga a actuar, elogiar o vituperar, sobre la base de que disfrutamos de libertad y que sus actos pueden ser dignos de alabanza o vituperio.

3. Si disfrutamos de libertad, por muchas que sean nuestras inclinaciones a la virtud o al vicio y a cuanto haya de acaecer o no con todas las cosas desde la creación del mundo (Rom 1, 20), todo lo conoce Dios antes que exista sea como sea la libertad. Cuanto Dios ha dispuesto previamente teniendo en cuenta lo que ha visto de antemano en los actos de nuestra libertad lo dispuso conforme a los méritos y actuación de nuestra libertad, lo cual está de acuerdo con su providencia y la libertad de nuestras acciones futuras. Por eso, la presciencia de Dios no es la causa de todo cuanto haya de suceder ni de los actos de nuestra libertad que se ejercita por la propia determinación. Aún en el supuesto de que Dios no conociese lo que va a suceder, no por eso perdemos la capacidad de obrar de diferentes maneras y de desear otras. Pero si en realidad Dios con su presencia dirige el universo, tanto más útil es nuestra libertad individual para su plan universal.

4. Por tanto, si Dios conoce previamente nuestra libertad individual es lógico que la divina providencia disponga conforme a lo que cada cual merece: oraciones ya previstas, disposiciones y deseos. Y como esto ha sido ya previsto de antemano todo queda enmarcado en el plan universal. Podría, pues, decir Dios: escucharé a este hombre que ora con rectitud y de verdad. En cambio, no escuchará al otro, porque ora con malas disposiciones o porque no le conviene lo que pide ni está conforme al plan de Dios. Y, por así decir, escuchará determinada oración de una persona pero no escuchará otra.

Alguno quizás se desconcierta pensando que como Dios conoce infaliblemente de antemano lo que va a suceder hace que las cosas de suyo indiferentes concurren por necesidad a lo pre-

visto. Le respondo diciendo: Dios conoce definitivamente que tal persona no se inclina necesariamente por lo mejor ni tampoco deseará lo más vil de manera que se niegue rotundamente a seguir lo que sea provechoso. Dios podría decir: conceded a este hombre que ora las cosas que pide, pues es conforme a mis designios complacer a quien reza con buena disposición y perseverancia. Y pues lo pide con insistencia le daré más de lo que quiere y piensa (Ef 3, 20). Es propio de mi naturaleza vencer en generosidad y proporcionar más de lo que se puede imaginar. A quien resulte de este modo le enviaré un ángel que le ayude, que comience a cooperar con él y le acompañe el tiempo que necesite. A esta persona, que resulta ser mejor que la anterior, le enviaré, por decir así, otro ángel de más categoría que el otro. En cambio, a este hombre que retrocede hacia las cosas terrenas le retiraré el ángel auxiliar. Y cuando el ángel se ausente otro poder en proporción a su conducta le será dado, pues el tal hombre le da ocasión de asaltarle por su negligencia. Le inducirá a pecar, porque se le da por compañero de pecado.

5. Aquel que dispone de antemano todas las cosas dirá, por ejemplo: Amón engendrará a Josías, que no seguirá los pecados de su padre. Seguirá el camino que llevó a la virtud desde antiguo y con la ayuda de quienes le acompañen será bueno y honrado. Destruirá el altar que inicualemente levantó Jeroboán (2 Re 21-23). Sé que cuando mi hijo venga a vivir entre los hombres Judas será bueno y noble al principio, pero luego caerá en pecados contra la humanidad. Por lo cual, es justo que padezca tales cosas.

Presciencia probablemente sobre todas las cosas, pero ciertamente sobre Judas y otros misterios la tenía el Hijo de Dios, que, por su conocimiento de los acontecimientos futuros vio a Judas y los pecados que iba a cometer contra él. Por lo cual, antes de que naciese Judas dijo claramente por David: ¡«Oh Dios de mi alabanza, no te quedes callado!» (Sal 109, 1). Pensamientos del salmo referidos a Judas.

Sé lo que va a pasar y cuánto se esfuerza Pablo por la verdadera fe. Por eso, por mi propia iniciativa antes de la creación,

cuando se determine a la creación del mundo le voy a escoger y desde su nacimiento le asistiré con potestades que cooperen a la salvación de los hombres. Le voy a elegir «desde el seno de su madre» (Gál 1, 15). Le guiaré al principio con celo juvenil permitiéndole que, por ignorancia y motivado por su fervor, persiga a los que creen en mi Cristo y guarde la ropa de los que apedrean a mi siervo y mártir Esteban (Hech 9, 5). Haré esto para que cuando supere la locura de su juventud emprenda un nuevo camino hacia lo mejor sin que pueda enorgullecerse en mi presencia (1 Cor 1, 29), antes bien pueda decir: «Soy indigno de llamarme apóstol, porque he perseguido a la Iglesia de Dios» (1 Cor 15, 9). Y cuando reconozca lo bueno que seré con él después de los errores cometidos en su juventud pensando servir a la fe, dirá: «Mas por la gracia de Dios soy lo que soy» (1 Cor 15, 10). Va a mantenerse en su punto al ser consciente de lo que en su juventud hizo contra Cristo. «Por eso no se engreirá con la sublimidad de revelaciones» (2 Cor 12, 7) que bondadosamente le manifieste.

7. Libertad fijada a los astros

Respecto a las dificultades para que salga el sol hay que decir lo siguiente. También el sol tiene cierta libertad porque juntamente con la luna alaba al Señor. Está escrito: «Alabadle, sol y luna» (Sal 148, 3). Lo mismo se puede decir de la luna y las estrellas. Continúa el texto: «Alabadle todas las estrellas de luz» (Sal 148, 3). Dijimos que Dios se sirve de la libertad de cada uno de nosotros y la ordena al bien de los que están en la tierra. La misma conclusión se aplica a la libertad fija, segura, firme, del sol, la luna y las estrellas. Dios ha dispuesto el mundo celeste y el curso y movimiento de las estrellas en armonía con el universo. Si no es vana la plegaria con relación a los seres dotados de libertad con mucha más razón será útil cuando tiene por objeto una de las estrellas libres que se mueven por el cielo en prueba de la salvación del universo. Porque puede ir más lejos diciendo

que hay cosas en la tierra a las que se añaden otras provenientes de ciertas circunstancias que provocan en nosotros inestabilidad o nos inclinan a una situación peor, de modo que hacemos o decimos cosas indebidas. Pero en el caso de realidades celestes ¿qué circunstancias les pueden sobrevenir que los desplace o cambie su curso tan útil al mundo? Cada uno de esos seres tienen un alma regulada por la razón e identificada con su propia causa. Se sirven de un cuerpo etéreo y purísimo.

8. Condicionamientos de la oración

1. Por lo demás, está puesto en razón que nos valgamos de ejemplos como el siguiente para exhortar a la gente a la oración y sacarla de su negligencia. Como no es posible tener hijos sin la cooperación de hombre y mujer así nadie podrá recibir lo que pide en la oración si no se cumplen determinadas disposiciones: creer como es debido, llevar vida ordenada antes de orar.

No han de repetirse palabras inútiles (Mt 6, 7) ni cosas superfluas ni terrenas. No puede uno acudir a la oración con ira ni con ánimo alterado. No se comprende, efectivamente, cómo disponer tiempo para la oración sin estar previamente purificado. No es posible obtener por la oración el perdón de los pecados sin antes haber perdonado de corazón al que ha ofendido y juzga al hermano digno de recibir el perdón (Mt 18, 35).

2. Creo que toda persona saca provecho de la oración cuando ora como es debido o pone empeño en ello. Ante todo es de gran provecho a toda persona el disponerse a la oración. Esto es presentarse ante Dios y hablarle personalmente como se habla a uno que se preocupe de nosotros y está presente. Surgen fantasías en nuestros recuerdos que manchan los pensamientos, pero creemos que son más útiles cuando es a Dios a quien recordamos. Así sucede porque hemos puesto nuestra confianza en Dios. Él conoce las inclinaciones de lo más íntimo del alma cuando esta sintoniza con él para agradecerle consciente de que está presente,

percibe todos sus movimientos y escruta las entrañas (Sal 7, 9; Jer 11, 20; Rom 8, 27; Ap 2, 23). Aún suponiendo que no hubiese más ventajas que el hecho de disponer la mente para la oración, no sería poca ganancia el haberse pacificado a sí mismo y mostrarse reverente cuando ora.

Si esto ocurre con frecuencia, los que se entregan con fiel perseverancia a la oración saben por experiencia que evitan muchos pecados y fomentan muchas virtudes. Pues si el recordar y considerar a un hombre de virtud ejemplar nos estimula a imitarle y a refrenar los impulsos de las pasiones, ¿con cuánta mayor razón el acordarse de Dios, Padre universal, a lo largo de la oración no será provechoso a quienes estén persuadidos de hallarse junto a él con quien hablan y que los escucha?

9. Mansedumbre y perdón

1. Se confirma lo dicho con los siguientes ejemplos de la sagrada Escritura. La persona que ora debe levantar «sus manos piadosas» plenamente desarraigada el alma de la pasión de la «ira», sin guardar enojo contra nadie antes bien perdonando todos los pecados con que le han ofendido (1 Tim 2, 8; Mt 6, 12. 14; Lc 11, 4). Luego, para que la mente esté libre de pensamientos extraños, durante el tiempo de la oración ha de olvidarse de todo lo que no sea oración. Tal hombre no puede menos de ser altamente bendecido. Lo enseña Pablo en su primera Carta a Timoteo diciendo: «Quiero que los hombres oren en todo lugar elevando hacia el cielo sus manos piadosas, sin ira ni discusiones» (1 Tim 2, 8). Además, en cuanto a la mujer, especialmente cuando ora, ha de tener compostura y modestia en alma y cuerpo, reverente ante Dios, desechando de su mente cuanto pueda turbarla. «Adórnese no con trenzados cabellos, oro, perlas o vestidos costosos» sino con lo que conviene a una mujer que hace profesión de piedad. No hay duda de que una mujer así, preparada para la oración, será dichosa. Lo enseña san Pablo en la misma

carta cuando dice: «Lo mismo las mujeres, que vistan decorosamente, preparadas con pudor y modestia, no con trenzas ni con oro o perlas o vestidos costosos sino con buenas obras, cual conviene a mujeres que hacen profesión de piedad» (1 Tim 2, 9-10).

2. También el profeta David dice que una persona piadosa cuando ora ha de tener otras muchas propiedades. No estaría fuera de lugar declararlas para que veamos lo que puede sernos de gran provecho, aun cuando sólo consideremos la actitud y preparación para la oración en una persona realmente entregada a Dios. Dice David: «Hacia ti tengo los ojos levantados, tú que te sientas en los cielos» (Sal 123, 1). «A ti, Señor, levanto mi alma, Dios mío» (Sal 25, 1). Los ojos del alma están ya levantados de su preocupación por las cosas terrenas y han renunciado a las impresiones de éstas. Elevados están y penetran más allá del orden creado; llegan a una pura contemplación de Dios conversando con la reverencia que le es debida mientras que él los escucha.

¿Cómo estas cosas tan subidas no van a ser provechosísimas a «aquellos ojos que contemplan la gloria del Señor con rostro descubierto y que van siendo transformados en esa misma imagen cada vez más gloriosos» (2 Cor 3, 18)? Entonces participan en cierto grado de la inteligencia divina que irradió en ellos como se dice en este versículo: «Alza sobre nosotros la luz de tu semblante» (Sal 4, 7). El alma se eleva y siguiendo al espíritu se separa del cuerpo. Sigue al Espíritu y se transforma en el mismo. Así lo dice el versículo: «A ti levanto mi alma» (Sal 25, 1), pues en la medida que se despoja de la naturaleza el alma se transforma en espíritu.

3. Renunciar a toda maldad es acto de la mayor virtud, pues como dice el profeta Jeremías en eso se resume toda la ley. Dice así: «Cuando yo saqué a vuestros padres del país de Egipto no les mandé nada tocante a holocausto y sacrificio» (Jer 7, 22) sino «amor y compasión practicado cada cual con su hermano..., no maquinéis mal uno contra otro en vuestro corazón», (Zac 7, 9-11). Cuando acudimos a la oración dejando olvidadas las injurias

cumplimos el mandato del Señor: «Y cuando os ponéis de pie para orar, perdonad, si tenéis algo contra alguno» (Mc 11, 25). Es evidente que cuando nos ponemos a orar de esta manera ya hemos conseguido lo mejor.

10. Confianza y perseverancia

1. Aun cuando no hubiésemos conseguido en nuestras oraciones otros resultados fuera de éstos, habríamos obtenido lo mejor, puesto que hemos logrado entender cómo se ha de orar. Claro que quien ora de este modo será escuchado mientras habla, pues está centrado en el poder de aquel que oye el «aquí estoy» (Is 58, 9) y antes de orar ha depuesto cuanto se oponga al plan de la providencia. Esto se pone de manifiesto en el verso: «Si apartas de ti todo yugo, no apuntas con el dedo y no hablas maldad» (Is 58, 9). Esto quiere decir que una persona conforme con lo que ocurre no está ligada a nada de lo que sucede ni se revela contra Dios, que todo lo dispone para nuestra edificación. No murmura en el secreto de su corazón, aunque no lo escucharen los hombres. Tal murmuración sería como la de los malos sirvientes que critican en oculto las órdenes de su señor. Los que no se atreven a murmurar abiertamente y con toda su alma contra la providencia por cuanto les haya ocurrido, aun cuando quisieran hacerlo, por así decir, para que no se entere el Señor, Dios del universo. Así leemos en Job: «En todo esto no pecó Job, ni profirió la menor insensatez con sus labios» (Job 1, 22; 2, 10). En el Deuteronomio se prohíbe la murmuración con estas palabras: «Cuida de no abrigar en tu corazón estos perversos pensamientos: ‘ya pronto llega el año séptimo, el año de la remisión’» (Dt 15,-9).

2. Por tanto, el hombre que se ha beneficiado orando de este modo está mejor dispuesto para aclamar «al Espíritu del Señor que llena el mundo» (Sab 1, 7). El que llena cielos y tierra dice por el profeta: «¿Los cielos y la tierra no los lleno yo? Oráculo del Señor» (Jer 23, 24). Por la mencionada purificación y la

oración participaré en el Verbo de Dios que está en medio incluso de los que no le conocen (Jn 1, 26).

Él nunca está ausente de la oración y ora al Padre constantemente junto con la persona para quien es mediador. El Hijo de Dios es sumo Sacerdote que se ofrece por nosotros (Heb 2, 17; 3, 1; 4, 14; 5, 10; 6, 20; 7, 26; 8, 1; 9, 11; 10, 10) y abogado ante el Padre (Jn 14, 16. 26; 15, 26; 16, 7; 1 Jn 2, 1). Ora con los que oran y suplica con los que suplica. Pero no ruega por aquellos que no oran constantemente por su medio. No será abogado ante Dios por los suyos si éstos no siguen sus enseñanzas de que «se debe orar siempre, sin desfallecer». «Les decía una parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer. Había un juez en una ciudad, etc.» (Lc 18, 1-2). Y en otro pasaje anterior: «Les dijo también: si uno de vosotros tiene un amigo y acudiendo a él a media noche le dice, amigo préstame tres panes porque ha llegado de viaje un amigo mío y no tengo qué ofrecerle» (Lc 11, 5-6). Y un poco más adelante: «Si no se levanta a dárselo por ser amigo, al menos se levantará por su importunidad, y le dará cuanto necesite» (Lc 11, 8). El que cree en la palabra de Jesús, que no puede mentir, no dudará un instante en hacer oración, pues él dice: «Pedid y se os dará... porque todo el que pide recibe» (Lc 11; 9-10; Mt 7, 7-8). El Padre bueno, realmente a quien pedimos el pan vivo, da al mismo Jesús y no las piedras que su adversario quería darle a él y a sus discípulos—a los que han recibido del Padre el Espíritu de filiación (Rom 8, 15). «El Padre del cielo da un buen presente, haciendo bajar del cielo al Espíritu para los que lo piden» (Lc 11,-13; Mt 7, 11).

11. Orar con Cristo, con los ángeles y con los santos

1. El sumo Sacerdote ora con los que oran de corazón. Y también «los ángeles en el cielo se alegran por un pecador que se convierte más que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de conversión» (Lc 15, 7; Mt 18, 13). Asimismo, las almas

de los santos que ya descansaron. Esto se prueba con el pasaje de Rafael ofreciendo al Señor un sacrificio espiritual por Tobías y Sara. Después que ambos oraron, dice la Escritura: «Fue oída en aquel instante en la gloria de Dios la plegaria de ambos y fue enviado Rafael a curar a los dos» (Tob 3, 16-17). El mismo Rafael, al dar a conocer lo que había hecho por ellos como ángel a las órdenes de Dios dice: «Cuando tú y Sara hacíais oración, era yo el que presentaba y leía ante la gloria del Señor el memorial de vuestras peticiones». Y un poco más adelante: «Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles que están siempre presentes y tienen entrada en la gloria del Señor» (Tob 12, 12. 15). Por tanto, conforme a las palabras de Rafael, «buena es la oración con ayuno, limosna y justicia» (Tob 12, 8).

Piensa también en Jeremías, que aparece en segundo libro de los Macabeos, distinguido «por su edad y su dignidad, rodeado de admirable y majestuosa soberanía» (2 Mac 15, 13). «Extendió su mano derecha y dio a Judas una espada de oro» (2 Mac 15, 15). Otro santo, ya fallecido, dio testimonio diciendo: «Éste es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por su pueblo y por la ciudad santa, Jeremías, el profeta de Dios» (2 Mac 15, 14).

2. Si el conocimiento a que llegan los santos en esta vida es sólo mediante espejo y enigma y en la otra conocerán cara a cara (1 Cor 13, 12), necia cosa sería no suponer que lo mismo sucederá con las demás virtudes. Adquiridas ya en esta vida, solamente entonces lograrán su perfección. Como ha dicho el Señor, una de las más subidas virtudes será el amor del prójimo. Debemos suponer que los ya fallecidos con respecto a los que aún combaten esta vida, tienen esta virtud en mayor medida que cuando todavía revestidos de humana fragilidad se ejercitan en servicio de los demás. No solamente a los que están en el mundo se aplica el dicho: «Si sufre un miembro todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo» (1 Cor 12, 26). En realidad, el amor hace decir esto a los que ya no están en este mundo: «¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿quién sufre escándalo sin que yo me abraze?»

(2 Cor 11, 29). Cristo dice lo mismo cuando afirma que él está enfermo en cada uno de los santos enfermos y de modo semejante en el preso, desnudo, huésped, hambriento y sediento (Mt 25, 35-40). ¿Quién que haya leído el evangelio ignora el hecho de que Cristo se atribuye a sí mismo lo que sucede a cuantos creen en él, y cuenta como propios los sufrimientos de éstos?

3. Si los ángeles de Dios se acercaron a Jesús y le sirvieron (Mt 4, 11) no es justo suponer que los ángeles servían a Jesús solamente mientras estaba con los hombres, precisamente no para ser servido sino para servir (Lc 22, 27). ¿Cuántos ángeles, pues, podremos pensar que sirven a Jesús agrupando a los hijos de Israel uno tras otro (Is 27, 12), reuniendo a los dispersos (Jn 7, 35; 10, 16; 11, 52) y rescatando a los que temen y le invocan (Hech 2, 21; Rom 10, 12-13)? Más que los apóstoles, los ángeles trabajan por el crecimiento y extensión de la Iglesia. Por lo cual, Juan en el Apocalipsis llama «ángeles» a algunos jefes de la Iglesia (Ap 1, 20; 2, 1; 8, 12. 18; 3, 1. 7. 14). No en vano los ángeles de Dios, visibles a los ojos iluminados por la luz del conocimiento, suben y bajan sobre el Hijo del hombre (Jn 1, 51).

4. Durante la oración, el que ora recuerda a los ángeles lo que necesita y ellos lo cumplen, si pueden, pues han recibido orden universal. Las siguientes comparaciones sirven a este propósito para aclarar lo que decimos. Imagínate que un médico deseoso de santidad se acerca a un enfermo que le haya llamado para que le cure. Suponte que el médico sabe cómo curar la enfermedad del paciente que lo desea. Es obvio que se inclinará a curar al hombre que lo pide suponiendo, con razón, que Dios así lo quiere y que él ha escuchado la oración del paciente pidiendo la curación de su enfermedad. O imagínate que un hombre que tiene más de lo necesario para vivir y es generoso oye la súplica de un pobre que implora la ayuda de Dios en su necesidad. Es claro que socorrerá las necesidades del que lo pide como instrumento de la voluntad del Padre. Porque Dios, en el tiempo de la oración, lleva al que puede socorrer las necesidades y que por su

generosidad no se niega a ello; le guía y pone en el mismo sitio donde se halla el que pide ayuda.

5. Debemos pensar que cuando suceden cosas como éstas no ocurren al azar. Aquel que tiene «contados los pelos de la cabeza» en los santos (Mt 10, 30; Lc 12, 7) hace coincidir en el tiempo de oración al que le va a servir de instrumento para atender la buena obra que el otro venía pidiendo confiadamente. Así podemos pensar que los ángeles encargados de velar por nosotros como ministros de Dios coinciden con el que ora uniéndose a su petición. El ángel de cada cual, incluso de los «más pequeños» en la Iglesia, «siempre contemplan el rostro del Padre que está en los cielos» (Mt 18, 10) y ve la divinidad de aquel que nos creó. Él ora con nosotros y hace todo lo que puede por cooperar con nosotros en lo que pedimos.

12. La oración, arma poderosa

1. Además, pienso que las palabras de las oraciones de los santos tienen gran poder porque oran con espíritu y mente (1 Cor 14, 15). Mente es como una luz que surge del que ora (Sal 96, 11; Is 58, 10; Rom 3, 13). Sale de la boca para debilitar con el poder de Dios el veneno espiritual proveniente de las potestades adversas. Estos poderes malignos influyen en la mente de quienes descuidan la oración y no tienen en cuenta el mandato de «orar siempre» (1 Tes 5, 17) que da Pablo conforme a las exhortaciones de Jesús. Sale del alma del que ora como un dardo que arroja el santo con su ciencia, razón y fe. Dardo que hiere los espíritus enemigos de Dios. Los derrota y aniquila cuando ellos quieren enredarnos con lazos de pecado (Sal 8, 3; Prov 5, 22).

2. Ora «constantemente» (obras virtuosas y cumplimiento de los mandamientos son parte de la oración) el que une la oración al cumplimiento de los deberes y las obras buenas a la oración. La única manera de entender el mandato de «orar siempre» (1 Tes 5, 17), teniendo en cuenta nuestras limitaciones, es consi-

derar que la vida del santo en conjunto es una gran oración. Lo que acostumbramos llamar oración es, por consiguiente, parte de esta oración. Ateniéndonos a la noción común de oración hay que practicarla tres veces al día. Esto se ve claro en la historia de Daniel que oraba tres veces al día aun cuando por ello corriese gran peligro (Dan 6, 13). San Pedro subió a la terraza para hacer oración hacia la hora de sexta cuando vio el «lienzo» que bajaba del cielo atado por las cuatro puntas. Practicaba el segundo de los tres tiempos de oración, como dice David: «Porque a ti te suplico, Señor, ya de mañana oyes mi voz; de mañana te presento mi súplica y me quedo a la espera» (Sal 5, 3). El último tiempo de oración queda indicado así: «El alzar de mis manos como oblación de la tarde» (Sal 141, 2). A decir verdad, cumplimos debidamente con el tiempo de la noche sin esta oración de la que habla David cuando dice: «Me levanto a media noche a darte gracias por tus justos juicios» (Sal 119, 62). Pablo, como se refiere en los Hechos de los Apóstoles, oraba hacia «media noche con Silas en Filipo y cantaban un himno a Dios de manera que los prisioneros pudieron oírles» (Hech 16, 25).

13. Cristo, la Escritura, la experiencia

1. Si Jesús ora, y no sin razón, pues consigue en la oración lo que quizás no hubiera hecho sin ella, ¿quién de nosotros podrá mostrarse negligente para orar? Marcos dice que «de madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, Jesús se levantó, salió y fue a un lugar solitario, donde se puso a orar» (Mc 1, 35). Dice Lucas: «Estando él orando en un cierto lugar, cuando terminó, le habló uno de sus discípulos» (Lc 11, 1). Y en otro lugar: «Se pasó la noche en oración a Dios» (Lc 6, 12). Juan deja constancia de la oración de Jesús cuando dice: «Así habló Jesús, y alzando los ojos al cielo dijo: Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a ti» (Jn 17, 1). El mismo evangelista escribe que el Señor dijo: «Yo sabía que tú siempre me escu-

chas» (Jn 11, 42). Con esto nos muestra que quien ora «siempre» será escuchado «siempre».

2. Y ¿para qué presentar una larga lista de los que alcanzaron de Dios los mayores favores orando de la manera que deben? Cada cual puede por sí mismo hacer una selección de ejemplos tomados de la Biblia.

Ana, cuando todos la creían estéril, oró al Señor (1 Sam 1, 9) y por ello dio a luz a Samuel a quien se le compara con Moisés (Jr 15, 1; Sal 99, 6). Ezenúías todavía sin hijos cuando Isaías le anunció que iba a morir, oró y fue contado en la genealogía del salvador (Mt 1, 9-10; 2 Re 20, 1; Is 38, 1). Cuando el pueblo estaba a punto de perecer por decreto, debido a las intrigas de Amán, la oración de Mardoqueo y Ester con el ayuno fue escuchada y dio lugar a un nuevo día de fiesta, además de las solemnidades que había mandado Moisés (Est 3, 6. 7; 4, 16. 17; 9, 26-28). Judit, habiendo hecho oración, con la ayuda de Dios venció a Holofernes. Así una mujer hebrea humilló a la casa de Nabucodonosor (Jdt 13, 4-9). Un viento fresco impidió que las llamas encendidas quemaran a Ananías, Azarías y Misael, porque fue escuchada su oración (Cántico de los tres jóvenes 27: Dan 3, 50).

Por la oración de Daniel los leones de la cueva de Babilonia no abrieron la boca (Dan 6, 22). Jonás no perdió la esperanza de ser escuchado cuando estaba en el vientre de la ballena que le había tragado. Salió luego y cumplió entre los ninivitas la misión que apenas había empezado (Jon 2, 3-4).

3. ¡Cuántos beneficios tendríamos que contar cada uno de nosotros si quisiéramos recordarlos para glorificar a Dios! Almas que fueron estériles la mayor parte del tiempo en su vida, cuando cayeron en cuenta de que no habían producido nada y eran espiritualmente estériles alcanzaron con la oración perseverante que el Espíritu Santo las hiciera concebir palabras de salvación llenas de conocimiento de la verdad, que salieron luego a luz.

¡Cuántos son los enemigos que marchan contra nosotros! Son muchas, efectivamente, las huestes de poderes adversos en lucha, deseando arrancar de nosotros la fe en Dios. Pero no teme-

mos porque ellos confían en carros y caballos mientras que nosotros confiamos en el nombre del Señor (Sal 20, 8). Vemos que «vana cosa es el caballo para la victoria; ni con todo su vigor puede salvar» (Sal 33, 17). El que confía en alabar a Dios (el nombre Judit equivale a decir «alabanza») despedaza incluso al jefe de los ejércitos del enemigo que con su palabra falaz y engañosa acobarda a muchos incluso de los que ya se tienen por creyentes. ¿Qué decir de aquellos que, sometidos repetidas veces a la tentación, difícil de superar y más ardiente que la llama, nada sufrieron, pasando por las tentaciones totalmente ilesos? Ni les afectaron en lo más mínimo los daños corrientes de quemaduras y olor de hoguera (Cántico de los tres jóvenes 27).

¡Cuántas fieras, es decir, espíritus malignos y hombres perversos irritados contra nosotros han fracasado y han cerrado la boca gracias a nuestras oraciones, sin poder ni siquiera golpear con sus dientes a los que entre nosotros habían venido a ser miembros de Cristo! (1 Cor 6, 15; 12, 27). Con frecuencia el Señor favorece a los santos «rompiendo los dientes de los leones, quebrando sus muelas y diluyendo a los enemigos como aguas que pasan» (Sal 58, 7). Sabemos que algunos, alejándose de los mandamientos de Dios han caído en las fauces de la muerte que los ha dominado, pero luego se han salvado arrepintiéndose de mal tan grande. Aunque estuvieron cautivos en el vientre de la muerte (Jon 2, 1-2), se salvaron porque no perdieron la esperanza. La muerte los desgarró y se los tragó, pero «el Señor enjugó las lágrimas de todos los rostros» (Is 25, 8).

4. He creído necesario decir todo esto después de mencionar a los que se han beneficiado de la oración. Deseo que quienes anhelan vida espiritual en Cristo se dejen de pedir cosas terrenas y sin importancia. Y ojalá los que leen este tratado se adentren en los misterios de que es tipo lo antes dicho. Porque toda oración por los misterios espirituales que de antemano nos están reservados, está perfectamente hecha no por personas que militan «según la carne» (2 Cor 10, 3) sino por quienes «con el espíritu hacen morir las obras del cuerpo» (Rom 8, 13). Los que con cui-